

ANGUSTIA Y FEMINIDAD

Marina Rubio

Este es un estado de trabajo del cartel cuyo tema es: La angustia y el objeto a.

En base a la lectura del Seminario 10, me pregunto:

Cuál es la relación del sujeto femenino con la angustia?

Para trabajar esta cuestión se hace necesario pensar la posición femenina a nivel del goce y a nivel del deseo.

Dirá Lacan que “a la mujer no le falta nada”. “En relación con lo que constituye la clave de la función del objeto del deseo, lo que salta a la vista es que a la mujer no le falta nada. Sería un error considerar que el Penisneid es un último término.”

Y dirá más adelante, “el hecho de no tener que desear en el camino del goce no soluciona en absoluto para ellas la cuestión del deseo, precisamente en la medida en que la función del a desempeña en las mujeres todo su papel, tanto como en nosotros (los hombres). Pero esto, de todos modos, les simplifica mucho la cuestión del deseo- no nos lo simplifica a nosotros en presencia de su deseo. Pero, en fin, interesarse en el objeto como objeto de nuestro deseo les plantea muchas menos complicaciones.”

En la dialéctica simbólica la mujer entra con el signo menos porque su falta de objeto es el falo significantizado, el objeto simbólico fálico. De allí la identificación primordial del sujeto con este falo imaginario-simbólico. De ahí la incidencia del fantasma fálico en la sexualidad femenina, el creerse provista de un falo, el creer que la madre está provista de falo. De allí lo que Freud y un primer Lacan desarrollan como un efecto de complicación en la posición femenina con respecto al deseo y los vericuetos que debe hacer para acceder a la posición femenina. Esa complicación descansa en el hecho de que el objeto del deseo, es hacerse reconocer por medio del significante del deseo, es decir el falo significante.

Entonces, en el camino del deseo se encuentra el falo significante, mientras que en el camino del goce se descubre el falo órgano. Se sigue así una estructuración distinta de la posición femenina que empieza en el Seminario de La angustia. Ya no se trata del falo simbólico como imposible de negativizar, sino que entra en función el órgano, que en el varón se negativiza por sí mismo en su operación copulatoria.

Nos dice Lacan:

“La mujer demuestra ser superior en el dominio del goce, porque su vínculo con el nudo del deseo es mucho más laxo. La falta, el signo menos con el que está marcada la función fálica para el hombre, y que hace que su vínculo con el objeto deba pasar por la negativización del falo y el complejo de castración –el estatuto del menos fi en el centro del deseo del hombre- , he aquí algo que no es para la mujer un nudo necesario.”

Aquí Lacan nos recuerda a Tiresias. Sabrán cómo Tiresias, paseando por el monte Cileno, ve dos serpientes en cópula, quedando ante este hecho convertido en mujer. Siete años más tarde, paseando por el mismo lugar, vuelve a ver dos serpientes acopladas, y recupera su sexo primitivo. Un día en que Zeus y Hera disputaban para saber quién experimentaba mayor placer en el amor, si el hombre o la mujer, se les ocurrió consultar Tiresias, que había hecho la doble experiencia. Sin vacilar, Tiresias afirmó que si el goce del amor se componía de 10 partes, la mujer se quedaba con 9 y el hombre con una. La respuesta encolerizó a Hera, que al ver revelado el gran secreto de su sexo, privó a Tiresias de la vista. Zeus, en compensación, le otorgó el don de profecía y el privilegio de una larga vida. Don que le permitió profetizar a Edipo la transgresión de la prohibición edípica, que lo lleva a un destino similar al de su profetizador. Ambos privados de la visión...

Miller plantea que en este seminario hay una “desidipización” de la castración, y se elabora un nuevo estatuto de la angustia de castración, ya no referida a la amenaza del Otro, la de un agente que es el Otro paterno, materno, sino al hecho biológico, relativo al organismo, de la detumescencia en la copulación. El menos fi ya no es de hecho símbolo de la castración, sino que indica una propiedad anatómica del órgano masculino, que se opone completamente a su imaginarización de potencia, puesto que se trata de la detumescencia que afecta a este órgano en el momento del goce.

Ahora, qué de la angustia, del lado femenino? Porque si Lacan, del lado hombre, no ubica la angustia ligada a la amenaza paterna, sino a un “no poder”, a su relación a un instrumento que no siempre está disponible. Del lado femenino, sitúa la angustia ante el deseo del Otro, en la medida que no se sabe lo que éste cubre, y está solamente ante otro en falta. O sea, que en el nivel del goce, ella está menos sujeta a la angustia, pero en el nivel del deseo del Otro se encuentra más afectada que el hombre, ya que éste interpone un objeto, y ella queda “más directamente” afectada, porque no pasa por menos fi. Al mismo tiempo, Lacan reconoce más libertad, más franqueza respecto del deseo del Otro, porque a ella no le estorba el objeto.

Miller nos dice que en el Seminario de La angustia se asiste a una inversión sensorial de todo lo que fue la doxa analítica. El hombre es el carente, porque en la copulación él pone el órgano y se encuentra con menos fi. Él apuesta y es él quien pierde. Sólo puede reparar esta pérdida mediante el objeto, cuando Lacan se regocija mostrando que la mujer permanece intacta, imtangible, incluso en la copulación.

De esta forma, Lacan distingue dos fantasmas paradigmáticos: uno del lado hombre, otro del lado mujer: el fantasma del lado masculino, es el masoquismo femenino, masoquismo atribuido a la mujer. Y del lado mujer, el fantasma es el de Don Juan.

Miller dice que el masoquismo femenino sea un fantasma masculino, significa que la incidencia del falo órgano se traduce en el fantasma de una mujer que sería objeto, un objeto

permanente que gozaría de ser el objeto de goce del hombre, y sin límites. Del lado masculino, una mujer gozaría de ser este objeto que puede reparar el menos fi que lo afecta; y del lado femenino, la imagen de un hombre al que no le faltaría nada (Don Juan). En ese punto es una pura imagen femenina, Don Juan es también el sujeto al que no le falta nada. Por eso es un falso hombre, ese que niega la incidencia de menos fi y se presenta como el instrumento eterno del goce del Otro, el objeto absoluto. Por eso duda que semejante hombre pueda inspirar el deseo, precisamente porque no es angustiante, porque esto no cuenta para él. Por eso dirá que “un verdadero deseo de hombre angustia al sujeto femenino”, “en la medida de que este deseo se relaciona con la falta e invita al sujeto femenino a ser lo que la suple” (agrega Miller). En cambio, siguiendo a Lacan, para ella resulta simple la relación con su propio deseo, y solo trata con la complicación de menos fi por su relación con el deseo del hombre.

Es necesario pensar que a nivel de este seminario, se pone la función de la detumescencia a nivel de la castración. No se trata del cuerpo del estadio del espejo, ni del cuerpo significante, sino del cuerpo real, del organismo.

Hasta aquí por el momento, este estado de trabajo.